

dia, y que por todas partes se opondría una barrera de hierro al enemigo, tocando así con los generales Gazan, de Erlon y Clausel en los Pirineos, y teniendo sobre el respaldo de estos montes al general Reille para precaver un movimiento giratorio. Pero, al adoptar semejantes disposiciones, conviniera comunicarlas al general Clausel de otra manera que por conducto de paisanos ó de oficiales destacados: por medio de un regimiento de caballería, arma de que se tenía mucha mas fuerza que la que podía emplearse, conviniera dirigirle á Logroño hasta la indicación de la verdadera cita, y expedir órdenes positivas para acelerar la partida del convoy de Vitoria, á fin de no tropezarle en el camino y de no caer en una confusion peligrosa (1).

Ni José ni el mariscal Jourdan carecian nunca de seso y juicio; pero, segun hemos dicho en otra parte, les faltaba absolutamente la actividad que multiplica las precauciones, que jamás se fia en las órdenes dadas una vez sola, esa actividad que emana de la juventud y del ardimiento extremado. Determinaron pues que el general Reille se encaminara con las fuerzas que tenía del ejército de Portugal sobre Osma, y que los generales Gazan y de Erlon marcharan con los ejércitos del centro y de Andalucía sobre Vitoria, sin tomar por desdi-

(1) Nos permitimos indicar estas medidas como las que debieran ser adoptadas, porque generalmente se ha censurado despues á José y al mariscal Jourdan á causa de no haberlas tomado, y porque además el simple buen juicio, basta para conocer la conveniencia y la necesidad de ellas.

cha ninguna de las precauciones que acaban de ser indicadas.

En movimiento se puso el general Reille el dia 18 con las divisiones de Sarrut, de Lamartinière y de Maucune sobre Osma. Pero, apenas en marcha la última de ellas, vióse acometida por una nube de enemigos, de los cuales no se libró sino á fuerza de presencia de ánimo y de energía. El general Reille llegó á Osma, y halló numerosas tropas hácia Barbarosa, ya apostadas en todas las avenidas de las montañas y no permitiendo aproximarse á ellas. Españoles eran del ejército de Galicia, que nos habian tomado la delantera para ocupar los pasos de los Pirineos. Se pudiera creer á tenor de las conjeturas de José y del mariscal Jourdan que iban á trasponer los Pirineos por Orduña, á fin de cortar el camino de Bayona; pero no era tal su designio. Solo querian precedernos junto á la falda de las montañas, para establecerse en posiciones dominantes hácia nuestro flanco, si nos resolviamos á dar una batalla defensiva con la espalda apoyada en los Pirineos, ó llegar cuando mas antes que nosotros á la cuesta de Salinas para mermarnos primero que volviésemos á ganar la frontera de Francia.

Viendo el general Reille interceptado el camino de Orduña, renunció fácilmente á una operacion que censuraba, y decidióse á volver por un movimiento oblicuo al camino real de Miranda á Vitoria. Por su parte José habia levantado el campo la noche del 18 al 19 de junio para dirigirse á Vitoria, y nuestros cuerpos de tropas se hallaban en plena marcha sobre esta ciudad el 19 por la mañana. Vitoria, situada á la falda de los Pirineos

hacia la vertiente española, se alza en medio de una hermosa llanura circuida por todas partes de montañas. Si se toma posición con la espalda vuelta á los Pirineos, se tienen á la derecha el monte Arrato, que la separa del valle de Murguia, delante la sierra de Andia, y finalmente á la izquierda las alturas por entre las cuales pasa el camino de Salvatierra á Pamplona. Un riachuelo, llamado el Zadorra, fecundiza toda esta llanura, corriendo primeramente á lo largo de los Pirineos donde nace, torciendo luego á la derecha al pie del monte Arrato, y escapándose finalmente por un desfiladero muy angosto á través de la sierra de Andia.

Al venir el grueso de nuestra hueste de Miranda y de las márgenes del Ebro recorría el camino real de Bayona, que penetra directamente en la llanura de Vitoria por el desfiladero que sigue el riachuelo Zadorra para salir de ella. Aquí llegaba el general Reille oblicuamente, introduciéndose por las diversas gargantas del monte Arrato. Nos pudiera preceder en este punto y ocupar antes que nosotros la llanura de Vitoria el cuerpo con que lord Wellington había procurado siempre rebasarnos, compuesto de españoles y de ingleses, si el general Reille, que por su movimiento lateral le era opuesto, no le contuviera todo el día 19, defendiendo vigorosamente el terreno palmo á palmo. De hecho el movimiento prescripto al general Reille é inútil en cuanto al objeto ideado al principio, tuvo no obstante consecuencias felices, pues, no preservándonos del peligro quimérico de ver interceptado el camino de Bayona mas allá de los Pirineos, nos libró del que ofrecía hallarle cortado mas acá de resultas de la ocupación del llano de

Vitoria. Nuestros tres ejércitos se encontraban juntos sin ningún accidente el 19 por la noche.

Ya urgía fijar las resoluciones. No era de presumir que lord Wellington nos dejara trasponer los Pirineos, sin darnos batalla, porque una vez llegados á la gran cordillera, apoyados en sus alturas, emboscados en sus valles, no éramos ya abordables, y concentrados además sin habérsenos acometido, podíamos caer sobre el ejército inglés con ochenta mil hombres y anonadarle. Una falta gravísima había cometido lord Wellington á estas horas, consintiéndonos ir tan lejos sin darnos alcance, y proporcionándonos de este modo tantas eventualidades de unirnos al general Clausel; pero no era de suponer que la continuara cometiendo. Se debía pues aguardar como cercana una batalla, á no abandonar de seguida á Vitoria para trasponer la cuesta de Salinas y bajar en dirección del Bidasoa; pero este partido se hacía punto menos que imposible. Volver á pasar los Pirineos sin combate equivalía á huir vergonzosamente delante de aquellos á quienes algunos meses antes se había puesto en fuga cerca de Salamanca; equivalía á abandonar al general Clausel á los mayores peligros, pues se le dejaba solo en el respaldo de los Pirineos; equivalía á dejar también comprometido, si bien no de una manera inmediata, al mariscal Suchet con todas sus fuerzas desparramadas desde Zaragoza hasta Alicante. Así el honor militar, la salvación del general Clausel, la seguridad del mariscal Suchet, todo vedaba que se volvieran á pasar los Pirineos, y se necesitaba pelear á su falda, esto es, en la llanura de Vitoria, adonde el general Clausel debía acudir con sus tropas. Si este llegaba á tiem-

po, se podían juntar por lo menos setenta mil combatientes, y mas todavía si el general Foy, que se hallaba entre Salinas y Tolosa, se presentaba igualmente con la division del ejército de Portugal puesta bajo su mando. De consiguiente habia probabilidad de batir á los ingleses, no siendo mas que cuarenta y siete ó cuarenta y ocho mil soldados, aun cuando formaran una masa de noventa mil hombres con los españoles y los portugueses. No obstante podia acontecer que el general Clausel no llegara al punto, y que hubiera que esperarle uno ó dos dias. En este caso se necesitaba ponerse en actitud de hacer cara á los ingleses hasta que el general Clausel llegase, y escoger para lograrlo esmeradamente el terreno y tomar las precauciones oportunas para defenderlo con ahinco. Aqui era menester una vigilancia que por desgracia se habia echado siempre de menos en la direccion de estas tropas.

De las seis divisiones del ejército de Portugal se tenian tres al presente, la de Maucune, que no se habia separado del ejército hasta entonces, y las de Sarrut y Lamartinière, que se habian incorporado en el camino: otra, la del general Foy, estaba en el respaldo de los Pirineos; y las dos restantes, de los generales Barbot y Taupin, se hallaban aun al lado del general Clausel, que las traia reforzadas por otras dos del ejército del Norte. Con las divisiones del ejército de Portugal ya recuperadas, con los ejércitos del centro y de Andalucía, se contarán sesenta mil hombres sin las pérdidas de la retirada. Pero aun no dándose combates formales, se habian perdido á causa de enfermedades, del cansancio y de la dispersion, de tres á cuatro

mil hombres. No quedaban por tanto mas que de cincuenta y seis ó cincuenta y siete mil combatientes, y habia que distraer parte de ellos para escoltar el convoy que no se podia mantener en Vitoria; de modo que no quedaban mas que unos cincuenta y cuatro mil hombres (1). Pelear con semejante inferioridad numérica, era dejar muchas eventualidades á la mala fortuna; pero como la eleccion no dependia de la voluntad propia, como antes de que llegara el general Clausel podia acometernos el enemigo, convenia servirse lo mejor posible de las localidades para compensar la inferioridad del número, y adoptar medidas, ya que no el 49 por la noche, á lo menos el 20 por la mañana, pues era de esperar que los ingleses, llegados á los Pirineos al par que nosotros, no nos dejaran mucho espacio para que hiciéramos alli asiento. Durante la misma noche del 49 conviniera desembarazarse del inmenso convoy, formado por los enfermos, los heridos, los expatriados y el material, y compuesto de mas de mil carruages, porque constituia un horrible estorbo si habia que venir á las manos, y produciria un desastre seguro si habia que

(1) En las memorias del mariscal Jourdan, recién impresas con las del rey José, se hallan guarismos algo diferentes; pero el mariscal, sin embargo de su veracidad habitual y extremada, disminuyó bastante las fuerzas de los franceses, para atenuar la pérdida de la batalla de Vitoria. Según cálculos, cuya enumeracion fuera prolija, creemos mas exactos, á lo menos mas aproximados á la verdad, los guarismos que aqui presentamos. De todos modos la diferencia no es mas que de cuatro ó cinco mil hombres. Debemos añadir que el mariscal Jourdan tiene razón sobrada contra los guarismos alegados por el ministro de la Guerra, como que son falsos á todas luces.

apelar á la retirada. Despachándolo aquella misma noche y escoltándolo nada mas que hasta la cuesta de Salinas, donde el general Foy debia encontrarlo, se pudiera conseguir quizá que volviesen á tiempo las tropas que le acompañaran hasta este punto. Ya libres de este embarazo, se debieran establecer perfectamente sobre la llanura de Vitoria. Habiendo intentado los ingleses rebasar nuestra derecha de continuo, probablemente iban á seguir la misma maniobra; y viniendo de Murguía, lo natural era que aspirasen á desembocar por entre los pasos del monte Arrato en la llanura de Vitoria, lo cual les llevaria á las márgenes del Zadorra, que, segun hemos dicho, corre á la falda de dicho monte. Aun cuando este rio fuera poco caudaloso, se podria dificultar su paso, rompiendo todos sus puentes y cubriendo sus vados de artillería; cosa hacadera, pues traíamos una masa enorme de cañones. Ahora bien, se necesitaba no solo hacer difícil este paso, sino casi imposible, pues atravesando el Zadorra, podia el enemigo caer sobre la espalda ó al menos sobre el flanco de nuestra hueste, alineada en el llano de Vitoria, y dando frente al desfiladero por el cual se penetra en ella al venir de Miranda. Este desfiladero, por entre el cual se escapa el Zadorra, segun dejamos ya indicado, y que se llama el desfiladero de la Puebla, era el segundo obstáculo que se debía oponer al enemigo, y se necesitaba estudiar bien el terreno, con el fin de buscar los mejores arbitrios de sustentarlo. Para esto habia una posicion, cuyas ventajas probó el suceso, y que proporcionara la manera de impedir á los ingleses todo acceso á la llanura. Efectivamente, haciéndose algo

atrás, en lo interior de la misma llanura de Vitoria, se encontraba una cumbre, la de Zuazo, que permitia ametrallar al enemigo cuando desembocara del desfiladero ó descendiera de las alturas de la sierra de Andía, y arrollarle allí luego, cargándolo á la bayoneta despues de cubrirle de metralla. Bastante próxima esta posicion á Vitoria y á los pasos del monte Arrato, por donde los ingleses amenazaban desembocar sobre nuestra espalda, consentia que se tuviera todo á la vista y al alcance, y se proveyera de pronto á las diversas ocurrencias. Posible era de consiguiente defender la llanura de Vitoria con las tropas que se tenian á la mano y esperar allí al general Clausel sin riesgo, cortando los puentes del Zadorra y ocupando esmeradamente la cumbre de Zuazo. Finalmente á todas estas precauciones se debiera añadir la de enviar al general Clausel no paisanos mal pagados, sino un regimiento de caballería, á fin de renovar la indicacion del punto de reunion de un modo exacto. Segun ya hemos dicho, contábamos mas caballería de la necesaria sobre el terreno donde se iba á trabar la lucha.

Ninguna de estas diversas precauciones fué adoptada. No se hizo partir el convoy durante la noche del 19, y no se enviaron al general Clausel mas que paisanos, con quienes no debia contarse, y que, si hubieran sido fieles, se expusieran además á ser detenidos. Al dia siguiente 20 de junio, lejos de montar á caballo para reconocer el terreno, ni el rey José ni el mariscal Jourdan se menearon de Vitoria. Atacado se hallaba Jourdan de una calentura violenta, por efecto de la edad, del cansancio y de la pesadumbre. José, que solo veía por los

ojos del mariscal, difirió al día 21 el reconocimiento de los lugares. Se lisonjeaba, y el mariscal Jourdan lo mismo, de que los ingleses aspirarian con su circunspeccion ordinaria á penetrar por entre los montes para rebasarlos, y no se atreverian á acometerlos de frente. Lo único que la enfermedad del mariscal Jourdan no impedia de ningun modo era librarse del convoy embarazoso hasta el punto de no saber en donde colocarse; y así fué cosa resuelta que partiera el 20. Con el objeto de no conservar mas que la artillería de campaña, se mandó á los ejércitos de Portugal y de Andalucía que aprontaran todos los tiros que no les fueran indispensables para arrastrar los cañones de grueso calibre al otro lado de los Pirineos. Además, como las bandas se escurrian por entre los menores espacios, dióse á este convoy la division de Maucune por escolta, aun sabiéndose que la division de Foy se encontraba sobre el respaldo de la cordillera entre Salinas y Tolosa. De resultas de esta providencia se hallaba el ejército de Portugal reducido de nuevo á dos divisiones, y todo el ejército á cincuenta y cuatro mil hombres.

Así todas las medidas dictadas el 20 consistieron en hacer salir para Tolosa el convoy que debiera marchar el 19, en situar al general Gazan con el ejército de Andalucía en frente del desfiladero de la Puebla, al conde de Erlon detrás del general Gazan con el ejército del centro, y despues á la espalda hácia la derecha y á lo largo del Zadorra al general Reille con las dos divisiones restantes del ejército de Portugal, á fin de hacer cara al cuerpo giratorio de los ingleses, que se acercaba por el camino de Murguía. A los descuidos come-

tidos añadióse el de no cortar un solo puente del Zadorra. Entre nuestros diversos cuerpos de infantería se puso nuestra hermosa caballería, que en el terreno ocupado no podia prestar grandes servicios por desgracia, pues la llanura de Vitoria se halla sembrada de canales numerosos, que donde quiera atajan el ímpetu de las tropas de á caballo. Contábamos de nueve á diez mil ginetes, lo cual reducía á cuarenta y tres ó cuarenta y cuatro mil combatientes nuestra infantería, casi la mitad menos que la del enemigo.

De este modo fué empleado, es decir, perdido el día 20. A cada instante lisonjeaba la idea de ver llegar al general Clausel, que se debia esperar por todas razones, pero que nada anunciaba hácia las diversas avenidas, por donde era de creer que asomase. El infortunado José hallábase en ansiedad extremada, sin mostrarse mas activo por esto, pues entre los hombres, cuyo talento no propende á la prevision, la espera produce agitacion, mas no actividad.

Aun no habia parecido el general Clausel al día siguiente 21, y no cabiendo suponer ocioso al enemigo por largo tiempo, José y Jourdan quisieron reconocer el terreno para aprestarse allí á la lucha que comprendian estar cercana. Algo aliviado el mariscal Jourdan de su calentura, se esforzó por montar á caballo y fué á reconocer en union de José la llanura de Vitoria. A la derecha de nuestra posicion y un poco detrás á la falda del monte Arrato guardaba el general Reille los puentes del Zadorra con las divisiones francesas de Sarrut y Lamartinière y el resto de una division española. Por esta se hallaba custodiado el puente de

Durana situado en las montañas á la parte de los Pirineos: por la division de Lamartiniere el de Gamarra Mayor situado en el nacimiento de la llanura; y defendia la division de Sarrut el de Arriaga, completamente en el llano y á la altura de Victoria. Además de la caballería ligera, se hallaban detrás de estas divisiones muchas de dragones, prontas á caer sobre todo el que pasase el Zadorra. Mas valiera cortar los puentes de este riachuelo y defender sus vados con la artillería. Sea como quiera, no podia menos de infundir tranquilidad la presencia de un oficial tan bueno como el general Reille en este punto.

Yendo adelante en derechura hácia á la entrada del llano, á la parte donde desemboca el desfiladero de la Puebla, José y Jourdan treparon á la cumbre de que hemos hablado, la de Zuazo, que cortaba transversalmente la llanura y dominaba la salida del desfiladero. Al punto, con su práctico golpe de vista, conoció el mariscal Jourdan que alli convenia establecer al general Gazan á la cabeza de todo el ejército de Andalucía, y coronar la cumbre de cañones, y colocar despues al conde de Erlon á la derecha junto al Zadorra, para darse la mano con el general Reille y custodiar el paso de Tres-Puentes, que desembocaba sobre el flanco de la altura de Zuazo. Esta observacion exactísima, hecha el dia antes, salvara al ejército francés y probablemente nuestra situacion en España. De resultas se enviaron oficiales de estado mayor para transmitir estas órdenes al general Gazan y hacer que las ejecutara á toda prisa.

Pero ya era sobrado tarde, como que entonces mismo empezaba la batalla. Segun se preveia fá-

cilmente, despues de habernos acompañado, por decirlo asi, hasta los Pirineos, no quiso lord Wellington dejar que traspusiéramos estos montes sin darnos batalla, á fin de cruzarlos, si le era posible, detrás de un ejército batido. Con dos divisiones de ingleses y con los españoles y portugueses, que formaban su izquierda, dirigió al general Graham sobre el camino de Murguía y por entre los pasos del monte Arrato, para ver de forzar al general Reille junto al Zadorra. Por entre los otros pasos del propio monte encaminó su centro á las órdenes del mariscal Beresford y compuesto de tres divisiones para desembocar asimismo sobre el Zadorra, si bien hácia la mitad de la llanura, lo cual les debia conducir al paso de Tres-Puentes, de cara al conde de Erlon y sobre el flanco de la cumbre de Zuazo. Finalmente, despues de seguirmos por el camino de Miranda, su derecha compuesta de dos divisiones inglesas á las órdenes del general Hill y de la division española de Morillo, debia penetrar por el desfiladero de la Puebla, para salir junto á la misma falda de la citada cumbre. Ya todos estos cuerpos se hallaban en marcha, cuando José y el mariscal Jourdan enviaron al general Gazan la orden de retroceder hasta la altura de Zuazo, desde donde, segun hemos dicho, se podia á la vez acribillar á las tropas que forzaran el desfiladero de la Puebla y á las que cruzaran el Zadorra por el paso de Tres-Puentes.

Cuando el ayudante de campo de José, portador de sus órdenes, llegó al lado del general Gazan, ya éste peleaba con los contrarios, y declaró no serle posible ejecutar lo que se le prescribia. José y Jourdan corrieron á aquel punto y muy en

breve descubrieron lo que pasaba. A la derecha divisábanse las tropas de Beresford, que, después de cruzar las gargantas más próximas del monte Arrato, aspiraban á pasar por Tres-Puentes el Zadorra. Delante se veía al general Hill, empeñado en el desfiladero de la Puebla, si bien cautamente, y lanzando á su derecha, sobre las cumbres de la sierra de Andia, á la division española de Morillo, para servir de apoyo á las tropas inglesas, que pretendían forzar el paso.

José y Jourdan ordenaron al general Gazan que enviara á la izquierda la brigada de vanguardia de Maransin sobre las cumbres de la sierra de Andia, para desemboscar de allí lo más pronto posible á la division española de Morillo; que apoyara á esta brigada con una division entera, si la necesidad lo requiriera; y que, luego de recuperadas las alturas, arrollara en el desfiladero de la Puebla á los españoles y continuara por el flanco del general Hill en persecucion de ellos. Con las divisiones de Darricau y de Conroux, debía el general Gazan obstruir el desfiladero, manteniendo la division de Villatte á la izquierda, y aprestando en fin la division de Leval á la derecha, para observar á las tropas de Beresford, que amenazaban por Tres-Puentes al Zadorra. Alineado el conde de Erlon en batalla detrás del general Gazan, debía estar á la mira del propio río, y pronto á caer sobre las tropas que pretendieran pasar por entre el puesto que ocupaba y el que el general Reille defendía.

Apenas expedidas estas órdenes, extendióse el fuego en vasto círculo por la izquierda, el centro y la derecha. Del todo á la espalda, hácia el general Reille, aun no se oía cosa alguna. El general Ga-

zan, á quien se previno que se desembarazase antes de nada de las alturas de nuestra izquierda, que formaban la extremidad de la sierra de Andia, no hizo acometer bastante concertadamente á los españoles que habían trepado á ellas. Allí envió regimiento tras regimiento, y así no obtuvo ningun resultado. Guarecidos los españoles detrás de rocas y de bosques, y habilísimos en defender los terrenos de esta naturaleza, opusieron una resistencia tenaz á nuestros regimientos mal empeñados en la lucha. Viéndose el general Gazan estrechado por el mariscal Jourdan á obrar con mayor energía, destacó primero de su frente una brigada de la division de Conroux, y luego otra de la division de Darricau, para sostener á la vanguardia del general Maransin. Estas dos brigadas, muy bastantes si fueran conducidas en masa y simultáneamente sobre la altura situada á nuestra izquierda, quedaron á media ladera, disparando con desventaja contra los españoles bien apostados, y sin servir de nada á la vanguardia de Maransin que estaba perdiendo mucha gente. Dos horas transcurrieron de este modo sin ventaja decisiva, y muy de sentir era tal retardo, pues si se empleara bien el tiempo, y tras de arrojar á los españoles de las alturas de la sierra de Andia al desfiladero de la Puebla, se acosara allí á los ingleses, que pretendían atravesarlo, de seguida se podía correr en ayuda del general Reille, que era vigorosamente atacado.

Reiterando el monarca y el mariscal sus providencias, determinóse en fin el general Gazan á llevar la division de Villatte, alineada algo atrás y á la izquierda, contra las alturas tan mal y tan largamente asaltadas. Aquella division trepó con ra-

pidez y por entre un fuego de arriba á abajo de los mas mortíferos las pendientes de la sierra de Andia, y aun así arrolló á los españoles de abajo á arriba, y repeliólos hasta los bosques de las cumbres. Pero entretanto, viendo debilitado nuestro frente las divisiones inglesas del general Hill, á causa del envío de las dos primeras brigadas del general Conroux y del general Darricau, viendo además una aldea importante situada á nuestra izquierda, la de Subijana de Alava, del todo al descubierto por consecuencia de la partida de la division de Villatte, se echaron encima desembocando briosamente del desfiladero, y lograron tomarla de rebato. Desde entonces tenían invadida la llanura, y ya era muy árduo repelerlos. El mariscal Jourdan discurrió lanzar en su contra una de las divisiones del conde de Erlon, colocado de reserva sobre la derecha y á la espalda. Pero, al ver el conde que las tropas de Beresford amenazaban el Zadorra por Tres-Puentes, habia enviado allí sucesivamente sus dos divisiones. Por tanto ya no quedaba reserva, y para colmo de apuro el fuego, que no habia empezado hácia el general Reille sino muy tarde, se dejaba oír violentamente á la parte del seno de la llanura.

Decididos el monarca y el mariscal por este conjunto de circunstancias ordenaron un movimiento retrógrado sobre la cumbre de Zuazo, desde donde, con un gran fuego de artillería, era posible detener á los enemigos, que habian invadido la llanura por todas partes, unos hácia nuestra derecha, pasando el Zadorra por Tres-Puentes, otros hácia donde teniamos el frente, desembocando del desfiladero de la Puebla, y otros por último hácia

nuestra izquierda, bajando de las cumbres de la sierra de Andia. Al mismo tiempo el mariscal Jourdan prescribió al general Tirlet, jefe de nuestra artillería, que situara muchas bocas de fuego sobre la altura de Zuazo.

Mejor ejecutadas estas órdenes que las transmitidas al general Gazan, produjeron un resultado, que pudiera ser decisivo. Retrocedióse hácia la altura de Zuazo, y el general Tirlet juntó allí cuarenta y cinco bocas de fuego en un abrir y cerrar de ojos. Aguardando á los ingleses, que salian del desfiladero de la Puebla, y á una de las columnas de Beresford, que habia forzado por Tres-Puentes el paso del Zadorra, les cubrió de metralla y sembró la tierra de cadáveres en pocos instantes. Puestas en desórden al principio, se rehicieron las tropas inglesas, avanzaron al paso, y de nuevo fueron repelidas por la metralla. Si en este momento se tuvieran á la mano cuatro ó cinco mil hombres, y se lanzaran sobre las quebrantadas masas de los ingleses, arrollándolas en el desfiladero, se lograra tal vez hacerlas sufrir un sangriento desastre. Por desgracia, en vez de replegarse el general Gazan á la altura transversal de Zuazo, fué á situarse hácia la izquierda y á la mitad de la pendiente de la sierra de Andia, cerca de la division de Villatte, con lo cual dejaba entre sus tropas y las del conde de Erlon un gran claro. Con sus dos divisiones disputaba el conde lo mejor que estaba á su alcance los pasos del Zadorra, mas arriba y mas abajo de Tres-Puentes. De este modo sobre la altura decisiva de Zuazo no habia mas que artillería sin apoyo. Atacado hácia el fondo de la llanura el general Reille en Durana, en Gamarra-Mayor y en Arriaga, se



defendía muy denodado, y cada vez que le quitaban uno de sus tres puentes, lo volvía á recuperar con sumo arrojo, pero al mismo tiempo anunciaba que muy luego le forzarían los pasos, si no se volaba en su ayuda. Avalorado el mariscal Jourdan la situación aquella, aconsejó á José que ordenara la retirada, único partido que se podía abrazar entonces. Se intentó dirigirla sobre el camino real de Bayona por Salinas y Tolosa, á fin de salvar la artillería, pues, si había probabilidades de unirse al general Clausel por Salvatierra y Pamplona, en cambio se abrigaba la certidumbre de perder los cañones, á causa del mal estado de los caminos.

Dada la orden de retirada, se puso en ejecución al instante, bien que sin el concierto y la uniformidad que hubieran podido precaver los inconvenientes de un movimiento retrógrado. No viendo el conde de Erlon al general Gazan á su izquierda, y divisando á la caballería inglesa pronta á caer sobre la llanura, trató de buscar apoyo retirándose hácia el Zadorra, y así dejó Vitoria al descubierto. Allá se precipitó la caballería contraria, y produjo una confusión indecible. Aun no estaba fuera todo el convoy, á cuya salvación se había destinado una división entera. Por salir quedaban un parque de artillería de ciento cincuenta bocas de fuego, muchas familias fugitivas, bagages y soldados de servicio personal enviados en busca de comestibles. La aparición de los dragones ingleses causó un terror pánico de los mas vivos sobre estas gentes, que se dieron á la fuga en todas direcciones y lanzando gritos de espanto. Su primer empuje fué hácia el camino real de Bayona y la garganta de Sa-

linas; pero disputando el general Reille con sumo teson el alto Zadorra, va perdiendo, ya recuperando su posición, se hallaba lidiando sobre este mismo camino y lo cubría de fuego y sangre. Entonces los fugitivos se arrojaron al de Pamplona por Salvatierra. Conociendo su mal estado el general Tirlet, llegado á Vitoria para ordenar la retirada, previendo que por allí no podría pasar la artillería, y menos con el tropel que iba á formarse, sabiendo además que no escaseaban de material nuestros arsenales de la frontera, y que solo importaban los tiros, dispuso que se cortaran estos, y que se salvaran los hombres y los caballos, abandonando los cañones.

Así de resultas del movimiento del general Gazan, y de una especie de instinto de conservación, que impulsó á los fugitivos al camino de Salvatierra, donde no se oía el cañoneo, la retirada, emprendida primeramente hácia Salinas y Bayona, hallóse al cabo enderezada á Pamplona, esto es, á Navarra. Allá se arrastraron todos con cierta especie de furia, dejando un material inmenso en la misma Vitoria. Desde este instante quedaba el general Reille en una situación peligrosa hasta lo sumo. Se había mantenido firme junto al Zadorra cuanto le fué posible, repeliendo á los españoles y á los ingleses mas allá de este riachuelo, siempre que le forzaban uno de los tres puentes, cuya custodia tenía á cargo. Pero, habiendo visto el movimiento de retirada sobre Salvatierra, determinóse á seguir el mismo rumbo. Para salir sano y salvo de su situación peligrosa, necesitaba contener por una parte á las tropas enemigas que empezaban á cruzar el Zadorra de frente, y por otra á las que ya desem-